

El fracaso de Pepe Botella

● La guerra contra los franceses

Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte Rivas

70.000 soldados franceses han invadido España. El 2 de mayo de 1808 se produce el alzamiento de Madrid, pero cuatro días después, Fernando VII abdica de manera incondicional, y la tan manoseada corona es depositada en las manos de Napoleón por Carlos IV. Bonaparte se compromete a entregarle treinta millones de reales, y Fernando también es recompensado: se le ceden palacios, cotos y haciendas de Navarra.

Pero el país no acepta pacíficamente la presencia de las tropas extranjeras. A la declaración de guerra del Alcalde de Móstoles le suceden otras muchas. En Valencia, por ejemplo, un palleter, vendedor de pajas bañadas en azufre, ata a una caña un trozo de faja con el retrato de Fernando VII y una estampa de la virgen de los Desamparados y, arengando a la multitud en la Plaza del Mercado, le declara la guerra al Emperador francés.

EN los primeros días de junio, apenas se supo que José Bonaparte, llamado despectivamente **Pepe Botella**, había sido designado rey de España, los imperiales son derrotados en el Bruch, Cataluña, y acorralados en el Guadalquivir. «España, que parecía un país paralítico y moribundo, se estremeció con la invasión de los franceses. Había una enorme ansiedad en todas partes: en las ciudades, en las aldeas y en los campos» (Pío Baroja).

La entrada de José I a Madrid convoca poco público. Es evidente el malestar de la población hacia el nuevo monarca. En el palacio real, el alférez mayor de los Reinos, marqués de Astorga y conde de Altamira, prefiere

abandonar la ciudad, huyendo, para no llevar y levantar el pendón en la jura del rey extranjero.

José Bonaparte ha salido de Bayona rodeado de españoles. En Vitoria hace conocer un manifiesto, y el mismo Fernando, su hermano y su tío saludan su nombramiento y afirman que «estaban prontos a obedecer ciegamente su voluntad» (Toreno).

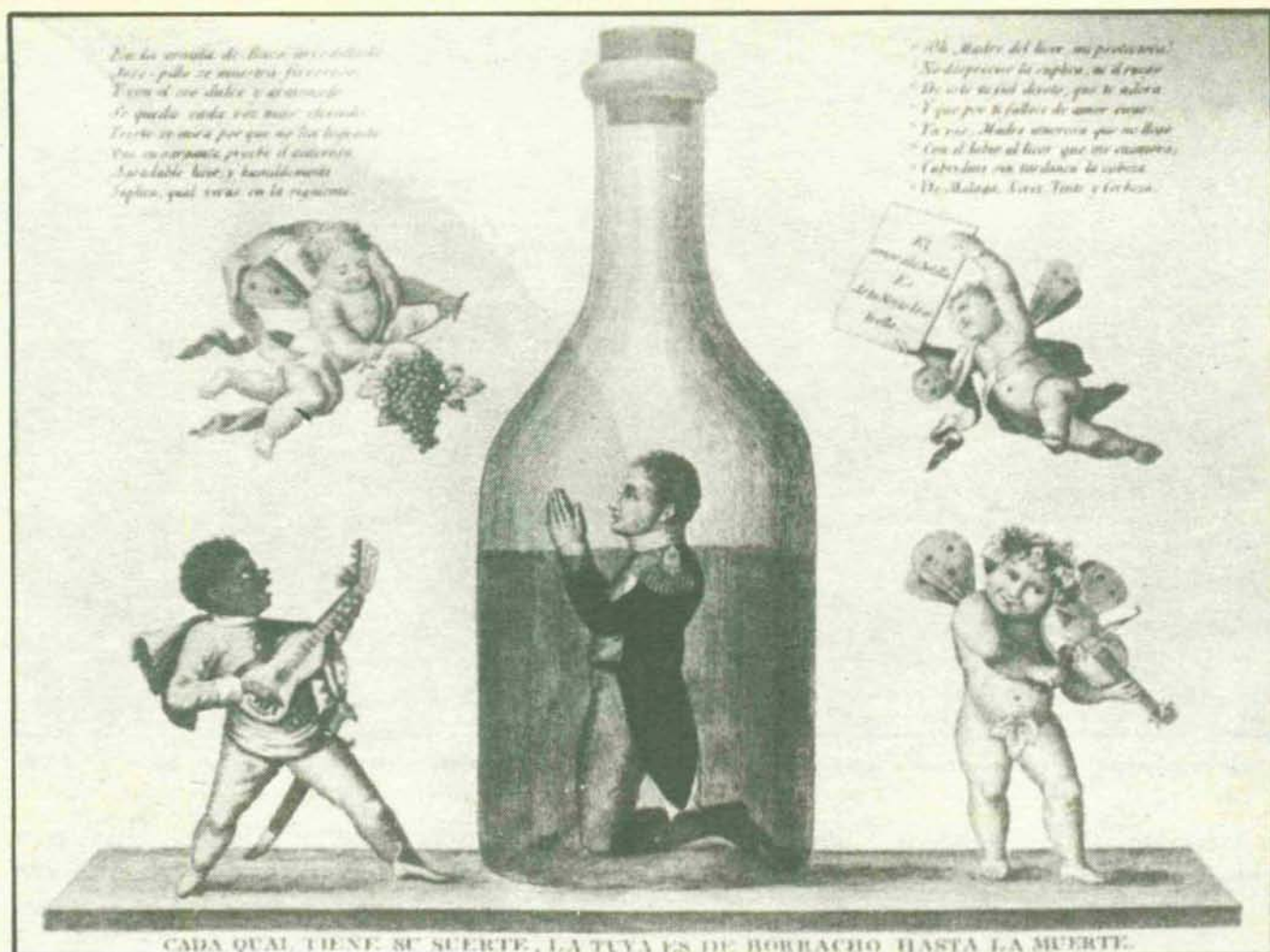
El progresista Bonaparte se encuentra con un Madrid «pobretón y laberíntico... Es un Madrid sucio, ruinoso, tétrico, con cinco puertas en sus murallas que se cierran a las diez en invierno y a las once en verano» (Marino Gómez-Santos).

La actividad del nuevo rey es intensa: se levanta a las seis

de la mañana, a las nueve recibe a los ministros y generales, y de las diez a la una suele haber reunión del Consejo de Estado.

El Madrid de 1808 se divide en 64 barrios y cuenta con una plantilla de más de 7.500 pobres, en una población de unos 200.000 habitantes. La nobleza española se ocupa de estos pobres organizando fiestas para recaudar fondos, «con los que se compraban camisetas de lienzo para 200 ó 300 de estos pobres, las cuales eran entregadas después de bendecidas solemnemente por los párrocos» (Federico Bravo Morata).

Pero la administración de José I tiene criterios más progresistas. Se crea una junta de sanidad y la anexiona al Ayuntamiento de la



ciudad. En esta junta participan representantes de la medicina, cirugía y farmacia.

Se decide también la construcción de dos cementerios municipales. Hasta ese entonces los muertos eran enterrados en las iglesias, que están saturadas de cadáveres. Para las aguas servidas, que producen olores nauseabundos y son un foco de infección, se decide construir una bóveda en el paseo del Prado, de 500 varas de largo y 4 de ancho. Como la Plaza Mayor resulta insuficiente para almacenar los alimentos que llegan diariamente a la ciudad, José I ordena la construcción de explanada y estaciones techadas, trazándose nuevas calles y pequeñas plazas, con lo cual, además, se da trabajo a dos mil desocupados.

Pero para los madrileños en general, José Bonaparte es **Pepe Botella, Rey Plazuelas y Tío Copas**. Circula un dibujo que representa a José vestido con una casaca hecha con vasos y naipes. El rey está montado sobre un pepino y sostiene con las dos manos una bandeja con dos copas y una botella de vino.

Frente al rey un chimpancé le muestra un naipe y un negro le ofrece una gigantesca botella de vino que lleva prendida la condecoración de la Orden de la Berenjena. El epigrafe del grabado dice: «Ni es caballo, ni yegua, ni pollino en el que va montado, que es pepino».

José es tan odiado como deseado es Fernando. Y lo sabe. En una carta a su hermano escribe: «... Pronto no tendremos dinero: Enrique IV

tenía un partido; Felipe V sólo tenía un competidor que combatir; yo en cambio, tengo por enemigo una nación de doce millones de habitantes, valientes, exasperados hasta el extremo...». Para enviar una de estas cartas los franceses se ven obligados a movilizar cien soldados a través de 500 kilómetros hostiles.

En los seis años que van desde 1808 a 1814, existen en España dos gobiernos, el francés y el nacional, representado en un principio por las juntas locales y regionales, que surgen espontáneamente contra el invasor. Luego aparecerá la Junta Central, denominada Junta Suprema Central Administrativa, la Regencia y las Cortes.

Aparecen las tendencias que



«Vista de la batalla dada en los campos de Bailén por el Ejército español a los franceses». (Anónimo. Museo Municipal de Madrid).

conviven en el país desde el siglo XVIII. El absolutismo, que en ciertos períodos —Carlos III—, se le puede llamar el Despotismo Ilustrado, sumido en una profunda crisis, que se evidencia en los golpes de estado de El Escorial y Aranjuez, pero tiene tras de sí un movimiento poderoso, que se nutre en la España de los derechos feudales, de los privilegios de los Grandes, en el fanatismo católico de «frontera» y en la Inquisición. Pero las ideas políticas y filosóficas de la Revolución Francesa han llegado al país, y mucho antes que las tropas napoleónicas. El cierre de la frontera a los libros, periódicos, a los extranjeros, no fue suficiente para impedirlo. El levantamiento de carácter patriótico tiene en su seno tendencias antagónicas. «Para unos —dice Pierre Vilar—, hay que reanudar la obra del siglo XVIII, e imitar a Francia, a la vez que se le resiste.

Para otros, es el absolutismo patriarcal de Fernando, la garantía de la tradición; los fueros, el antiindividualismo económico medieval, la íntima unión de lo religioso y lo político, lo que hay que defender».

Los **afrancesados**, aquellos que no son meros oportunistas, ven en José I la figura capaz de transformar la vieja España.

Pérez Galdós define así este momento histórico: «... Lo que pasa en España, ¿qué es? Es que el reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo... Hace un mes había en Aranjuez un mal ministro, sostenido por un rey bobo, y ustedes dijeron: "No queremos ese ministro ni ese rey", y Godoy se fue y Carlos abdicó. Después Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades todas, así como los generales y los jefes de la guarnición, recibieron orden de doblar la cabeza ante Joaquín Murat; pero los ma-

drileños dijeron: "No nos da la gana de obedecer al rey ni a los infantes, ni al Consejo, ni a la Junta, ni a Murat", y acuchillaron a los franceses en el Parque y en las calles... El nuevo y el viejo rey van a Bayona, donde les aguarda el tirano del mundo. Fernando le dice: "La corona de España me pertenece a mí; pero yo se la regalo a usted, señor Bonaparte". Y Carlos dice: "La coronita no es de mi hijo, sino mía; pero para acabar disputas, yo se la regalo a usted, señor Napoleón, porque aquello está muy revuelto y sólo usted lo podrá arreglar". Y Napoleón acoge la corona y se la da a su hermano... Pero ustedes se encabritan con aquello y contestan: "No, camarada, aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos: no reconocemos más rey que Fernando VII". Fernando se dirige entonces a los españoles y les dice que obedezcan a Napoleón...».

Para Tuñón de Lara «en



«Abdicación del Reino a Napoleón». De izquierda a derecha están representados los siguientes personajes: el infante don Carlos, el infante don Antonio, Fernando VII, Napoleón, Carlos IV, la reina María Luisa, Godoy y la reina de Etruria». (Museo Municipal de Madrid).



José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca (Murcia, 1727 - Sevilla, 1808). Fue presidente de la Junta Central, contra la invasión francesa, hasta su muerte. Con anterioridad había sido, bajo el reinado de Carlos III, fiscal del Consejo de Castilla y Ministro Universal, sustituyendo a Grimaldi, en 1777.

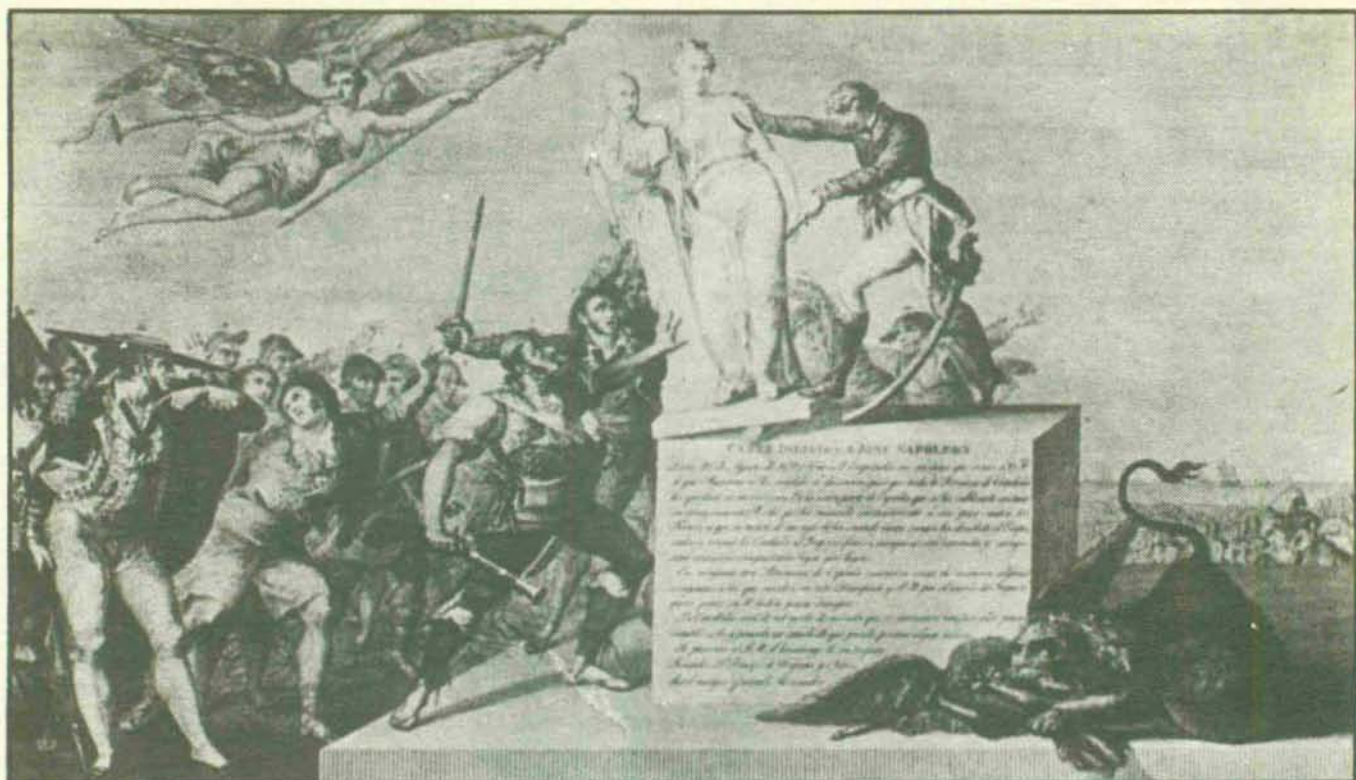
mayo de 1808 el Estado de la monarquía borbónica había quedado deshecho y el Poder en la plaza pública».

El 10 de noviembre de 1808 la Junta Central expresa: «Una tiranía de veinte años ejercida por los jefes más incapaces nos ha conducido a todos al borde del abismo».

* * *

El levantamiento de las ciudades desemboca en la constitución de Juntas de gobierno. Algunas de ellas en razón de su importancia se convierten en poderes territoriales y asumen el ejercicio de la soberanía sin límites. Oviedo, Valladolid, Badajoz, Sevilla, Valencia, Lérida y Zaragoza son los lugares donde la insurrección patriótica se concreta en Juntas Supremas Provinciales. En junio el país sublevado está gobernado por dos capitanes generales, Palafox y Cuesta, que de hecho controlan la situación en sus respectivos territorios, y trece juntas supremas, cada una de ellas con una dirección colegiada.

Declarada la guerra, los españoles recurren a todas las reservas posibles. En lo internacional, Asturias envía



«Levantamiento de las provincias de España contra Napoleón». (Masferrer, Museo Municipal de Madrid).

una delegación a Londres, que es recibida con mucho entusiasmo. El gobierno inglés está dispuesto a colaborar; no tiene mejores aliados en todo el continente europeo. En lo interno, se toman medidas, como la dispuesta por la Junta de Sevilla el 15 de mayo, que indulta a todos los contrabandistas y a los penados que no lo fueran por los delitos de homicidio, alevosía o lesa majestad divina o humana, «y esto trajo una legión que, si no era la mejor gente del mundo por sus costumbres, en cambio no temía combatir, y fuertemente disciplinados dio al ejército excelentes soldados» (Pérez Galdós).

La tropa andaluza compuesta por «contrabandistas, granujas, vagabundos de la sierra, chulillos de Córdoba, holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego patriótico



que inflamaba el país...». Monjas y mujeres sevillanas cosen gratuitamente para el ejército. En dos semanas entregan «tres mil trescientas treinta y cinco camisas, mil setecientos sesenta y ocho pantalones y ciento sesenta y siete casacas de soldados; mil una camisa, trescientos doce pantalones y setecientos chalecos de sargento; trescientos setenta y cuatro botones de paño, ciento cuarenta y nueve sacos de caballería, dieciséis mochilas y mil seiscientas ochenta y cuatro escapelas».

El ejército de Andalucía, unos 13.000 ó 14.000 hombres, recibe contingentes provinciales y de civiles. La convocatoria de la Junta

llama a todos los jóvenes de 16 a 45 años, solteros, casados y viudos sin hijos, de cinco pies menos una pulgada, medidos descalzados. Se exceptúa a cojos, mancos, a los que tienen la mujer embarazada o ejercen cargos públicos, así como los ordenados de epístola. Los únicos rechazados de las filas sin tener reparos, son «los negros, mulatos, carniceros, verdugos y pregoneros».

Antes de que los imperiales se apoderen de una panera, ésta es quemada. Las fuentes son enturbiadas con lodo y estiércol. Los molinos desmontados y enterradas sus piedras. Los franceses, desconcertados, necesitan dar una batalla formal, «y aunque muera la mitad del

ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de trigo seco para llevar a la boca...» (Pérez Galdós).

BAILEN

El general galo Dupont saquea Alcolea y Córdoba. Un Consejo de Guerra, celebrado en Porcuna, preocupado por la violencia del invasor, decide atacarlo frontalmente. El general suizo Reding, al servicio de los españoles, debe atacarlo por la retaguardia e impedirle la retirada por Sierra Morena.

Pero Dupont se sitúa en Andújar y se enfrenta con Reding, que acaba de derrotar a una división francesa. Ante Bailén se produce la batalla. Derrotados, los imperiales intentan abrirse paso hacia Madrid, pero no lo consiguen. Dupont pide una tregua. El general francés Vedel intenta socorrerlo, pero el jefe español, Francisco Javier Castaños, amenaza con pasar a cuchillo a las fuerzas de Dupont.

Dos días después, luego de varias negociaciones, el 21 de julio, los franceses capitulan. Según el historiador José Repollés Aguilar, Dupont le entrega su espada a Castaños diciendo: «General, os entrego esta espada, con la que he vencido en cien combates». A lo que Castaños responde: «Pues, general, mi primera batalla es ésta».

Napoleón ha perdido 21.000 soldados. Los franceses muertos se calculan en dos mil y muchos heridos. Las



José Bonaparte (cuadro de Gerard, Museo de Versalles) y su esposa, María Julia, con su hija Zenaida. (Cuadro de Lefevre, Museo de Versalles). Efímeros reyes de España, durante la invasión napoleónica.

SEMANARIO PATRIÓTICO.

N Ú M. V.

Jueves 29 de Septiembre de 1808.

LOS TRES DÍAS DE MADRID.

(Conclusion.)

Madrid tenía que expiar el infausto día, en que sus muros fueron testigos de la violencia y escándalo con que las huestes asesinas de Bonaparte proclamaron á su hermano, Rey de España; por consiguiente, la solemnidad y pompa con que Madrid reconoció por su Rey á FERNANDO VII, en nada se parecieron á las que en semejantes casos acostumbraban practicarse. En este día todo era nuevo, grande y magestuoso: en este día la Capital de los dos Mundos, alzó su frente soberana, proclamó su libertad eterna, y el primer acto de su independencia fué sentar en el augusto Solio que un vil tirano había intentado profanar, á aquel mismo Príncipe, compañero de su larga esclavitud, y víctima también inocente de la mas inaudita y mas horrenda traición. En este día se vió lo que es una Nación, quando sacudiendo las cadenas de



Portada del «SEMANARIO PATRIÓTICO», del 29 de septiembre de 1808. (Hemeroteca Municipal de Madrid).

bajas españolas son de 243 muertos y unos 700 heridos (Toreno).

Este desastre militar obliga a los imperiales a levantar el sitio de Zaragoza. Inglaterra, a su vez, animada por lo sucedido, desembarca un ejército en Lisboa y obliga al general francés Junot a firmar la capitulación. José I y su gobierno deciden abandonar la capital. Esta batalla decide la formación de la Junta Central.

Pérez Galdós escribe que a las seis de la mañana del 19 ya se comienza «a sentir en las espaldas aquel fuego que más tarde había de hacernos el efecto de tener por médula espinal una barra de metal fundido». Las tropas españolas no han comido pero lo que más abate es la sed. Muchas mujeres de Bailén se aproximan al campo de batalla llevando el precioso líquido. La batalla la



«Uniformes simbólicos de la Guerra de la Independencia». (Del «Album de la Infantería Española». Servicio Histórico Militar. Madrid).



«... Carga la caballería polaca y en siete minutos cubren los dos mil quinientos metros y lancean a los artilleros. De los 150 jinetes polacos, 83 resultan muertos o heridos». («Tropas extranjeras: Caballería Ligera polaca». Album del conde de Clonard. Servicio Histórico Militar. Madrid).

describe como «dos monstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que se hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando».

A los pocos días de su llegada a Madrid, José I tiene que abandonar la capital. La constitución de Bayona debe ser archivada. Como consecuencia de la batalla de Bailén las fuerzas patrióticas pueden amenazar la ciudad. El 30 de julio parten los **josefinos**. Se llevan «las

vajillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales que no habían sido de antemano robados» (Torreño). **Pepe Botella** establece su cuartel general del Ebro y pide ayuda al emperador.

A comienzos de agosto Madrid no tiene gobierno. Hay un vacío de poder. No hay control policial siquiera. Los soldados están en campaña y sólo quedan en la ciudad algunos inválidos, llamados «culones». De manera espontánea, como cuando el levantamiento del 2 de mayo, se forman grupos de ve-

cinis que patrullan la ciudad. Pueden suceder hechos como el siguiente: Luis Viguri, ex intendente de Cuba y amigo de Diego Godoy, hermano de Manuel, discute con su esclavo negro. Acude la gente, que toma partido contra Viguri y lo mata. Su cadáver es arrastrado por las calles.

El 13 y el 14 de agosto entra en Madrid el ejército de Valencia. «Los soldados, mal vestidos, con los zaragüelles provinciales y mantas y fajas, con los sombreros redondos, cubiertos de malas



Alegoría de la expulsión de los miembros de la Familia Bonaparte, de España. «YA VAN DESPLUMADOS». Goya, «Capricho» número 20. (Biblioteca Nacional de Madrid).

estampas de santos, desgreñados, sucios, de rostro feroz, de modos violentos, en que se veía carecer de toda disciplina, presentaban un aspecto repugnante» (**Recuerdos de un anciano** de Antonio Alcalá Galiano). Las clases altas temen a esta tropa popular.

El 14 de agosto los franceses abandonan el sitio de Zaragoza,

dejando en el campo cañones de gruesos calibres. Palafox había creído indefendible la posición y se había retirado, pero ante la decisión de los zaragozanos de resistir hasta las últimas consecuencias, vuelve con cinco mil hombres. Pérez Galdós escribe que «España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la

inmensa máquina de su bravura... Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas; y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde... La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía».

La necesidad de coordinar el esfuerzo bélico y el político empuja a la creación de un gobierno central, o coordinador. Desautorizado el Consejo de Castilla, algunos sectores proponen una regencia, otros unir en un solo organismo las antiguas y nuevas autoridades. Tres meses después del levantamiento de Asturias, el 21 de septiembre de 1808, se impone la propuesta de la Junta de Sevilla favorable a una delegación del poder a representantes elegidos por las distintas juntas. Granada opina que fuesen dos por cada junta, y de este modo se reúnen en Madrid y sus cercanías, las distintas delegaciones.

El 25 de septiembre se constituye en el Palacio Real de Aranjuez la Junta Central, integrada por 35 miembros. Se da a sí mismo el título de majestad y dice gobernar en nombre de Fernando VII, el mismo que dice apoyar a Napoleón.

El presidente de la Junta es el conde de Floridablanca, ex-ministro de Carlos III.

Imposibilitada de detener el avance de los imperiales, la

Junta retrocede. Primero a Sevilla, el 17 de diciembre, y luego a Cádiz.

El desastre de Bailén y el abandono de Madrid por parte de José I, son los acontecimientos que determinan la decisión de Napoleón de enviar a España el Gran Ejército, compuesto por 200.000 soldados. El mismo lo dirigirá.

En Somosierra esperan al Emperador 9.000 soldados a las órdenes de Benito San Juan, cerrándole el paso a Madrid. Carga la caballería polaca y en siete minutos cubren los dos mil quinientos metros y lancean a los artilleros. De los 150 jinetes polacos, 83 resultan muertos o heridos.

El 2 de diciembre Napoleón está en Chamartín, y envía a un coronel español, apresado en Somosierra, con una carta para la Junta Central. Se le pide que entregue la capital sin lucha y que se ahorre a la población los horrores de la guerra. El marqués de Castelar, a cargo de la defensa madrileña, intenta consultar a la población, pero los imperiales abren una brecha en la muralla de ladrillos. Napoleón amenaza con «pasar a cuchillo toda la población si a las tres de la tarde no ondean sobre los campanarios banderas blancas en señal de sumisión» (Aguado Bleye). La ciudad es abandonada por las tropas patrióticas y por las personas que temen a los franceses.

Napoleón publica el 7 de diciembre un manifiesto ofreciendo a la nación española «una monarquía templada y constitucional». Suprime el Tribunal de la Inquisición y sus bienes son confiscados. El derecho feudal queda abolido. Toda carga personal, todos los derechos exclusivos de pesca, de almadrabas u otros derechos de la misma

naturaleza, en ríos grandes y pequeños, se suprimen, como así también los derechos sobre hornos, molinos y posadas. Se permite a todos los ciudadanos dar una extensión libre a su industria. Las aduanas y registros internos, pierden vigencia a partir del año siguiente. Los conventos son reducidos a una tercera parte, y se aumenta las asignaciones a los sacerdotes.

Unos días después le entregan un documento con la firma de 30.000 personas, en señal de solidaridad a lo dispuesto por él. El 23 de diciembre en todas las iglesias tiene lugar el juramento de fidelidad al rey José, ya que

el 8 había renunciado al trono. Pero todo será inútil. La guerra continuará.

Napoleón escribirá en su destierro, en la Isla de Santa Elena, refiriéndose a España: «Todas las circunstancias de mis desastres van a ligarse a este nudo fatal; ella destruyó mi prestigio en Europa, complicó mis dificultades y abrió una escuela a los soldados ingleses...»

Trescientos mil cadáveres quedarán desde las ardientes llanuras andaluzas hasta los brumosos valles de Asturias y Galicia, y Fernando VII, el tan deseado, volverá a reinar de manera absoluta, eliminando toda constitución. ■ R. L. S. y H. A. R.



José Bonaparte. (Detalle del cuadro de Wicar. Museo de Versalles).